

PARADOJAS DEL CONSTRUCTIVISMO

LA RAZÓN. JUEVES 12 DE DICIEMBRE DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Tras el análisis de las vanguardias izquierdistas que orientaron la pintura hacia la abstracción geométrica (cubismo, orfismo, futurismo, rayonismo y suprematismo), y después de haber repasado las otras alternativas que se manifestaron antes y durante la guerra del 14 (fauvisme francés, expresionismo y azulismo alemán, individualismo judío, miserabilismo duchampiano y metafisismo italiano), debería comentar el estilo constructivista, nacido en el ambiente de la revolución rusa como desarrollo ideológico y lógico del suprematismo de Casimir Malevich. Pero mi crítica no se entendería sin un análisis previo del primer modernismo en la escultura. Pues el constructivismo la asoció a la pintura para hacer del objeto de arte visual un producto de fabricación artesanal en serie.

Con el nombre de constructivismo se designa la obra plástica iniciada por aquellos arquitectos, escultores, pintores y diseñadores comunistas que, en aras de la igualdad proletaria y del «hombre nuevo», se propusieron eliminar las formas nobles del arte y el propio sentido de la estética, no tanto por representar aspiraciones de la burguesía (eso podría corregirse con realismo socialista), como por ser modos de producción y consumo del arte esencialmente individualistas y aristocráticos.

Hay que recordar la tensión entre artistas comunistas y revolucionarios bolcheviques para comprender que la paradoja del constructivismo consistió en que no era susceptible de ser comprendido ni gozado por las masas, como expresión de un nuevo sentimiento estético, a causa de su elevado grado de abstracción formal y de sofisticación mental. Tal paradoja permitió que los intelectuales y artistas de partido, en el capitalismo industrial, adoptaran el constructivismo por su demagogia igualitaria y su rentabilidad en la arquitectura de metro cuadrado.

El realismo leninista de la Nueva Política Económica motivó el desprecio bolchevique al arte abstracto. El cambio de orientación revolucionaria produjo la desbandada de los constructivistas hacia el simbolismo tecnológico demandado por el nuevo culto a la electricidad y al hombre máquina. La pintura del comunista Léger devino modélica. Y la construcción de un arte proletario en una sociedad proletaria, cuya frustración llevó al suicidio del poeta Vladimir Maiakovski, fue sustituida en Occidente con igualitarismo abstracto en una sociedad desigual. El constructivismo se exportó a EE UU como modernidad capitalista de la socialdemocracia del grupo holandés «De Stijl» y la Bauhaus de Weimar.

Los grandes medios de comunicación alaban el arte constructivista que fundó la arquitectura y la escultura del siglo XX en criterios políticos totalitarios. Dedicaron millones de páginas a la difusión de un tipo de artefactura comunista que destruyó la estética de las formas y la nobleza de los materiales en las bellas artes, en nombre de una utopía que sólo puede imaginar la igualdad suprimiendo la libertad y cuyo intento de realización ha causado una de las mayores tragedias de la humanidad.

La paradoja interna del constructivismo, la incompreensión por las masas de este modo esotérico y abstracto de expresar la pasión por la igualdad, ha producido la gran paradoja externa de que su fracaso en la revolución proletaria que lo creó determinara su triunfo en la sociedad capitalista que lo importó. Menos la pintura abstracta norteamericana que surgió de la Segunda Guerra Mundial (llamada gestual porque sólo permite la interpretación grafológica de la psicología del pintor), todas las manifestaciones artísticas de la modernidad, salvo la arquitectura funcional, son incompatibles con el mercado que las financia y con el gusto estético, espontáneo o refinado por la cultura, de las multitudes que las padecen. Para entender este fenómeno, que la filosofía del arte no ha explicado, debe conocerse lo que sucedió en la escultura después de Rodin y Maillol.